

Objetos religiosos del templo de la Soledad

Antropólogo Rosalino Martínez Chiñas
MUSEO NACIONAL DE HISTORIA-INAH
numismx@yahoo.com.mx



Paisaje de la región, típico matorral xerófilo, Zimapán, Hidalgo, diciembre 2003, ©Leonardo Vega Flores.

No obstante que gran parte de las colecciones del Museo Nacional de Historia han sido adquiridas por compras, un número importante de piezas del acervo provino de otros establecimientos, por órdenes expresas del presidente de la República en turno. Así sucedió a principios del siglo XX, cuando una gran cantidad de piezas que habían formado parte de las colecciones del Museo Nacional de Artillería ingresaron, por instrucciones de Venustiano Carranza, al antiguo Museo Nacional. En años más recientes, un lote de objetos pertenecientes a la residencia presidencial de los pinos fue trasladado al Museo de Historia, para enriquecer sus colecciones.

El caso que vamos a relatar aconteció en 1925, cuando un grupo de piezas religiosas se trasladaron del templo de la Soledad de la Ciudad de México al antiguo Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, por instrucciones del presidente de la República, Plutarco Elías Calles.¹ Se trataba en aquel entonces de dos incensarios elaborados uno en plata y otro en latón, una casulla de tisú verde compuesta de siete piezas, un crucifijo de bronce dorado, fundido seguramente en México a fines del siglo XVIII o principios del XIX, que según su descripción de entrada, «por los motivos decorativos de la peana y el estilo general de la obra puede ser atribuido al célebre escultor español Eduardo Tolsá, autor de la estatua ecuestre de Carlos IV».² (evidentemente se hace referencia al arquitecto Manuel Tolsá, creador también del edificio de El Colegio de Minería, construido de 1797 a 1813); dos cuadros de milagros, un nicho con una imagen bordada de hilo de plata dorada, con gargantilla y pulsera de perlitas, un palio de seda amarillo claro, bordado en colores, seis varillas portapalio de latón plateado, dos ciriales de latón plateados, un par de candeleros de latón niquelado y un estandarte de terciopelo morado, bordado con hilo de plata con la inscripción: «Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad. Año de 1910». Como se sabe, parte de las colecciones del antiguo Museo fueron trasladadas al Castillo de Chapultepec en 1940, para formar el nuevo Museo Nacional de Historia que se inauguraría cuatro años después. En 1952, cuando era director del Museo el Profesor Wigberto Jiménez Moreno, el crucifijo atribuido a Tolsá y otros objetos de culto fueron prestados por breve tiempo a la residencia del general Manuel Ávila Camacho, ex presidente de la República, para una ceremonia religiosa familiar. Esta pieza con el número de inventario 10-162819 y con una

dimensión de 1.70 metros de alto, estuvo resguardada durante varios años en el Depósito de colecciones del Museo; hoy sabemos por los registros de salida de objetos históricos, que la pieza fue trasladada de manera definitiva al Museo Nacional del Virreinato.

La explicación del porqué estos objetos religiosos llegaron al Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, la encontramos en las notas periodísticas de los diarios *Excelsior* y *El Universal* durante los meses de febrero a junio de 1925.

El primero de ellos informaba que en la noche del domingo 22 de febrero de ese año, representantes de la Iglesia Católica Mexicana, conocidos como Cismáticos, encabezados por Manuel Luis Monjes, junto con más de cien seguidores se apoderaron por la fuerza del templo de la Soledad, y después de arrojar violentamente a la calle al Cura del templo, el presbítero Alejandro Silva, anunciaron una misa para el día siguiente a las 11 de la mañana; en ese lunes, decía el *Excelsior*, faltando 15 minutos para la hora señalada, las puertas de la iglesia se abrieron y las campanas comenzaron a tañer llamando los fieles a la ceremonia religiosa, pero la noticia de que un grupo de individuos que se decían miembros separatistas de la religión se había apoderado del templo corrió como reguero de pólvora en el barrio de la Soledad, por lo que en masa la población del lugar se dirigió molesta a la iglesia.

Al principio seguía informando el periódico, esos fieles permanecieron a la expectativa a pesar de los rumores, pues no querían creer lo que escuchaban, aseguraban que eran mentiras inventadas por los enemigos de la religión. El reloj del templo marcó las 11 horas y las campanas hicieron su última llamada; instantes después apareció por la puerta del presbiterio Manuel Luis Monje, rodeado de una guardia de «Caballeros Guadalupanos» con pistolas al cinto, y ostentándose como el nuevo Cura de la Soledad, revestido con los ornamentos necesarios para oficiar la misa. Entre los fieles allí congregados se produjo una gran indignación al grado de que las señoras que se encontraban arrodilladas, airadas se pusieron de pie y sin tener en cuenta que se encontraban en un recinto sagrado se lanzaron al presbiterio y antes de que la sorprendida guardia tuviera tiempo de nada, la avalancha de mujeres llegó hasta donde estaba el supuesto sacerdote Monje y una de ellas alzó la mano y la descargó con fuerza sobre el rostro del falso Cura. La bofetada fue el grito de combate, ya que muchos puños se levantaron y el sacerdote cismático hubiera perecido allí, de no haber sido porque preso de terrible pánico, arremangándose la sotana hasta las rodillas, se echó a correr para ocultarse en la sacristía.

Se dijo que fue entonces cuando los miembros de su guardia reaccionaron y sacaron las pistolas y en el interior del recinto se



Puestos decembrinos en el mercado de la ciudad de Zimapán, Hidalgo, diciembre 2003, ©Leonardo Vega Flores.

escucharon los primeros disparos; se hizo el desorden y el caos que sólo la intervención enérgica de los gendarmes y los bomberos pudo calmar ya que la ira de los fieles se había desbordado a tal grado que querían linchar al Cura Monje. Desalojado el templo y calmados los ánimos, Manuel Luis Monje ya repuesto del enorme susto que sufrió y considerándose bien protegido, abandonó su escondite.

Pero el motín siguió en las calles, según difundió el diario, pues un numeroso grupo de personas, mujeres sobre todo, despidieron la calle que colocaron sobre sus faldas recogidas, delantales o rebozos, o bien en los cestos que llevaban y se dirigieron hacia la entrada principal de la iglesia gritando «mueras» contra los separatistas a quienes declararon «farsantes», «luteranos» y «herejes». ³ Después de varias horas de gritos, forcejeos y amenazas, la intervención de los gendarmes con disparos logró desalojar por completo el lugar; sin embargo, la gente se concentró en las bocacalles cercanas para seguir manifestando su enojo.

El Universal informaba que no obstante que el gobierno federal había declarado, a través de la Secretaría de Gobernación, ser completamente ajeno a la controversia religiosa entre la Iglesia Católica romana y la mexicana, se corrió el rumor de que la Confederación Regional de Obreros Mexicanos (CROM), dirigida por Luis Napoleón Morones, Secretario de Industria, Comercio y Trabajo del gobierno encabezado por Calles, fue la responsable de la creación de la iglesia cismática para obligar a la Iglesia Católica a no utilizar la religión para controlar a los obreros.

El periódico dijo que el Ejecutivo Federal manifestó estar dispuesto a cumplir estrictamente la obligación que le imponía la Ley Suprema de la República, de garantizar el libre ejercicio de todos los cultos, siempre que sus prácticas no fueran contrarias a la moral y al orden público. Asimismo, el presidente de la República afirmó que no toleraría que miembros o prosélitos de un culto se apoderaran por medios violentos de templos y objetos de la nación, que hayan sido confiados a sacerdotes o ministros para el libre ejercicio de sus prácticas. Afirmó, también, que los que pretendieran obtener esos templos no debían recurrir a medios reprobables, ya que las autoridades están dispuestas a otorgarles el permiso siempre que lo soliciten en forma pacífica. Enérgico el presidente, seguía relatando el diario, dijo que tampoco permitiría que individuos exaltados se otorgaran garantías por su propia mano (en alusión a los feligreses de la Soledad que se amotinaron para defender su templo), ya que la aplicación de las leyes y la impartición de la justicia eran facultades del gobierno.

Por las notas periodísticas se puede inferir que la pretendida separación de la iglesia mexicana de la Santa Sede Romana, iniciada por el ex capitán Joaquín Pérez y por el antiguo sacerdote Manuel Monjes, aunque en un principio fue vista con cierta simpatía por algunos sectores de la población, tanto de la capital del país como del interior de la República, no logró penetrar en la preferencia de los feligreses, fueron más los que defendieron la Iglesia católica romana; en cambio sí ocasionó, en algunos casos, encuentros violentos entre católicos y cismáticos que afortunadamente no llegaron a extremos.

El Universal afirmó que a pesar de las declaraciones del presidente de la República

y del Secretario de Gobernación, el licenciado Gilberto Valenzuela, las autoridades brindaron protección a los cismáticos enviando al templo de la Soledad gendarmes a caballo y bomberos para reprimir y dispersar a los exaltados, además, en el mes de mayo otorgó a los separatistas, el templo de Corpus Christi para realizar sus ceremonias religiosas ya que la iglesia de la Soledad en disputa entre católicos romanos y mexicanos fue clausurada al culto por instrucciones del presidente Calles.

Finalmente los periódicos informaron que el templo de la Soledad fue cedido a la Secretaría de Educación Pública, para instalar en sus áreas una exposición permanente de arte e industrias mexicanos, una biblioteca pública y un espacio de difusión de obras teatrales y de la música clásica y vernácula. Que se autorizó, asimismo, a dicha Secretaría enviar a sus museos los objetos, muebles del

templo y demás piezas que se consideraran obras de arte, reservándose únicamente para el interior del templo de la Soledad, aquello que formara parte de su ornato y que se utilizaría cuando abriera sus puertas como museo de arte mexicano, para el que fue destinado.

Para concluir diremos que excepto el crucifijo atribuido a la creatividad de Tolsá, las piezas que se mencionaron al principio del texto siguen bajo el cuidado del Museo Nacional de Historia, que las ha utilizado en sus salas de exhibición para mostrar la importancia que ha tenido la religión católica en la vida cultural de la población este país.

Notas:

¹ Anales del MNAHE, 1925, Tomo 1, 5ª época, pp 325-328.

² Ibid.

³ Excélsior. El periódico de la vida nacional, martes 24 de febrero de 1925.



Parroquia de San Juan Bautista, ciudad de Zimapán, Hidalgo, diciembre 2003. ©Leonardo Vega Flores.